

por lo extraño de sus trajes y por la facilidad de sus costumbres. Los reformadores de Cluni se alarmaron en vista de lo que ocurría y llamaron la atención del mundo cristiano sobre las modas exóticas y probablemente también, ya que mayor inquietud les causaban, sobre las atrevidas opiniones importadas por los compatriotas de la nueva reina. Aunque sometido al yugo de Constanza, á quien había de ocultar hasta sus actos de caridad, Roberto seguía amando á Berta, y como esto no era ningún secreto, la soberana destronada conservaba en la corte un partido fiel, compuesto especialmente de amigos y servidores de la casa de Blois.

Un día, el jefe de aquel partido, Hugo de Beauvais, conde del palacio y favorito del rey, fué asesinado en presencia de éste, durante una partida de caza, por unos bandidos que encontraron asilo cerca de Folco Nerra (1008). El conde de Anjou, de quien se sospechaba que había pagado á los asesinos, negóse en términos insolentes á dar satisfacción á la justicia real. ¿Sospechó Roberto también de Constanza, que le odiaba? Es probable, ya que dos años después el rey partía para Roma, acompañado de Berta, la antigua reina, esperando sin duda conseguir del papa la ruptura del matrimonio con su tercera mujer, hacia la que sentía odio verdadero. Las negociaciones, sin embargo, no dieron el resultado apetecido, y Constanza permaneció en palacio y se hizo perdonar poco á poco, dando al rey tres hijos que aseguraban el porvenir de la dinastía.

Siguiendo el ejemplo de su padre, Roberto asoció al trono á su primogénito Hugo (1017), y muerto éste prematuramente, á su hijo segundo Enrique (1026). Los magnates murmuraron al ver que se perpetuaba una costumbre que por la fuerza de los hechos suprimía ó poco menos su derecho de elección; pero su oposición no llegó á ser una resistencia abierta. Las dificultades con que hubo de luchar el Capeto fueron producidas, no por los señores feudales descontentos, sino por su propia familia: Constanza había deseado que fuera coronado su hijo Hugo, pero se negó á cederle la más pequeña parte de autoridad y de patrimonio y se mostró hostil al joven rey desde el momento en que reclamó algo más que el vestido y los alimentos. El obispo de Chartres hubo de advertir á Roberto que su hijo se indemnizaba de ello saqueando los bienes paternos: «Imploro vuestra piedad serenísima, decía, en favor de vuestro hijo, que se ha separado de mí muy triste porque no le es dado permanecer en seguridad en vuestra casa, y fuera de ella nada posee para vivir con los honores que corresponden á un rey. Es, pues, preciso que toméis y le deis un buen consejo: si le dejáis errar como un extranjero y un fugitivo, perderéis la reputación de buen padre.»

Cuando se trató de coronar á Enrique, la reina quiso que en vez de éste fuera coronado su tercer hijo Roberto, á quien prefería, é hizo cuanto pudo para impedir la consagración, con gran alegría de los príncipes feudales, los cuales fingiendo abrazar el partido del uno ó del otro, esperaban que no se celebraría la ceremonia. Mas el rey se mantuvo firme, haciendo consagrar á su hijo segundo, á pesar de los furoros de Constanza, quien aquel día abandonó la corte. El valor que el Capeto en aquella ocasión demostrara no obtuvo la debida recompensa, pues en 1030 sus dos hijos, instigados sin duda

por su madre, se rebelaron, apoderándose de varias ciudades de Borgoña y de la Francia propiamente dicha y obligaron por un momento á su padre á encerrarse en Beaugenci.

Aquel hogar agitado y aquellos dramas domésticos hicieron sumamente difícil para el sucesor de Hugo Capeto el cumplimiento de sus deberes de rey. Esto no obstante, intentó cumplirlos, atacando valerosamente en varias ocasiones al pequeño feudalismo que en su propio patrimonio desbalijaba á los caminantes y perseguía á los monjes, y demoliendo los castillos de Yevre en el Orleanesado, de Dehols en Berri y de Gallardón en la Beauce chartresiana. Pero para domar á los castellanos, pronto á reanudar sus depredaciones, habríase necesitado una energía de todos los instantes, que no tenía Roberto. Los obispos, hostigados por la nobleza local, imploran en vano su auxilio hartos á menudo, y Fulberto de Chartres le llama la atención sobre los saqueos realizados en las tierras de su iglesia por el vizconde de Chateaudún y declara desesperado que, si no acude en su ayuda, «se dirigirá á un rey ó á un emperador extranjeros y le confesará que el rey de Francia no ha podido ó no ha querido proteger la santa Iglesia de Cristo, puesta bajo su cuidado.»

El desgraciado Capeto, que no podía estar á la vez en todas partes, hacía excomulgar á los enemigos á quienes no se atrevía á combatir, y reunía asambleas de paz cuyas decisiones no tenían más que un valor moral. La de Heri, en el Auxerrois, por él presidida (1024), tuvo singular importancia, habiendo sido llevada á ella todas las reliquias de las regiones vecinas y habiendo acudido á la misma un concurso inmenso de obispos, abades y fieles. El concilio decretó que «si los promovedores de desórdenes no querían hacer la paz por respeto y temor al rey, debían, por lo menos, firmar el pacto de concordia en nombre de Dios y de sus santos, cuyos venerados cuerpos tenían ante sus ojos.» Una expedición militar vigorosamente dirigida habría producido mayor efecto.

Roberto demostró, sin embargo, que no le asustaban las grandes empresas. En 1002, á la muerte de su tío Enrique, duque de Borgoña, planteóse la cuestión de si el principado seguiría siendo de la familia capeta ó pasaría á poder de un vasallo, el conde de Borgoña Otón Guillermo, más adicto al Imperio que á Francia. Otón había comenzado por apoderarse de la sucesión, pero Roberto, en aquella ocasión muy resuelto, llegó á tiempo para hacerle soltar su presa. Además de su competidor, había de vencer la resistencia tenaz de Brunón, obispo de Langres, y de la mayor parte de los castellanos del país, así es que, á pesar de la ayuda de Cluni y del obispo de Autún, tardó diez años en conquistar la Borgoña, apoderándose, una tras otra, de todas las plazas del Ducado, Avallón, Auxerre, Sens y Dijón. La muerte de Brunón determinó la retirada, si no el desestimiento, de Otón Guillermo, y entonces Roberto dió el ducado á su segundo hijo Enrique, bien que con un poder muy limitado, puramente nominal, puesto que él siguió administrando, firmando los documentos y disponiendo de los feudos y alodios de Borgoña, como si llevara el título de duque. Con ello permanecía fiel á la tradición de los reyes del siglo x é intentaba un último esfuerzo para unir directamente á la monarquía el único

gran señorío del valle del Ródano que los sucesores franceses de Carlomagno habían conseguido conservar.

El éxito era decisivo; pero Roberto no lo había logrado sino merced al apoyo de los normandos, sus aliados habituales, ya que los duques Ricardo II y Ricardo III no dejaron nunca de poner á su disposición los recursos de su feudo. ¡Extraño espectáculo el de esa joven realeza que tenía su más sólido apoyo en una potencia feudal! No todos los grandes señores fueron igualmente favorables á esa dinastía, á la que los condes de Anjou y de Blois habrían puesto en peligro si en vez de combatir mutuamente se hubiesen unido contra ella. Folco Nerra desafiaba las cóleras del soberano, pero no tenía interés directo en perjudicarle; en cambio, era más de temer el odio persistente del conde Eudo II, á quien Roberto encontró sin cesar en su camino y á quien no se atrevió siquiera á disputar en 1023 la sucesión del condado de Champaña, dejándole que se instalara en Troyes y en Meaux: falta grave, puesto que el mismo enemigo, y un enemigo irreconciliable, dueño ya de Chartres, se situaba en lo sucesivo en los dos flancos del patrimonio capeto.

Al Sur del Loira, las relaciones del rey con los jefes de Estado son raras y demasiado poco directas. El duque de Aquitania, Guillermo V, que pretendía arrebatárle los derechos de regalía sobre las iglesias de Bourges y de Limoges, tenía de él una opinión muy mediana; una de sus cartas en que hablaba de la «nulidad del rey» (*nullitas regis*) cayó en manos de Roberto, que por fortuna no era rencoroso. El aquitano habría podido llegar á ser peligroso si hubiese conseguido conquistar para su familia la corona lombarda; pero ya hemos referido su fracaso, que evitó al rey de Francia el disgusto de tener por vasallo y por vecino á un rey de Italia. En cuanto al condado de Tolosa, Roberto no se presentó en él más que una sola vez, al final de su vida y como peregrino para rezar sus oraciones y dejar sus donativos en los santuarios más renombrados (1031).

Roberto, por lo general, fué más apreciado por sus obispos que por sus barones; pero téngase en cuenta que á los primeros los escogía á su gusto, utilizaba sin consideración alguna su poder eclesiástico y no vacilaba en nombrar ó en recomendar á hombres de humilde cuna con tal de que fueran hechuras suyas. En Orleáns, en 1010, un monje de Saint-Pierre-le-Vif, Thierry, venció á su contrincante, Oudri, preferido por el pueblo y por el clero; pocos días antes de la elección Roberto había desterrado á los adversarios más influyentes de su candidato, y el mismo día en que aquella se celebraba hubo lucha en las calles. Fulberto de Chartres, defensor de las reglas canónicas, protestó con energía: «Esta elección, arrancada por el temor, no es tal elección. Quien dice elección dice escogimiento de un candidato entre varios según el libre arbitrio de cada cual; pues bien, ¿puede hablarse de elección cuando uno solo de tal manera es impuesto por el príncipe, que no le queda al pueblo y al clero la facultad de escoger otro?» El obispo tenía razón, pero su asombro era una candidez, pues casi en todas partes las cosas seguían el mismo curso.

A la muerte de Fulberto, acaecida en 1028, los canónigos de la iglesia de Chartres designan para sucederle á su propio deán y hacen aprobar su elección, confor-

me á la regla, por su metropolitano el arzobispo de Sens; pero el rey, al ser consultado, rechaza al electo y lo substituye por otro candidato. Indígnanse los canónigos y se dirigen al arzobispo de Tours y á los obispos de Beauvais y de Orleáns: «A vosotros acudimos en queja contra nuestro arzobispo y nuestro rey, quienes contra nuestra voluntad quieren imponernos como obispo á un «idiota» indigno de tal honor. Os pedimos ayuda y os rogamos que, á fuer de buenos pastores, veléis delante de la Iglesia para no dejar penetrar en el aprisco á un hombre que no ha solicitado entrar por la puerta, sino que se desliza en él por escalamiento como un ladrón.» Mas de nada sirvió esta protesta; el hom-



Sello real de Enrique II

bre del rey ocupó la sede episcopal y su primer cuidado fué arrojar de la abadía de San Pedro de Chartres á los monjes que le habían hecho la oposición.

Más ruidoso aún fué el escándalo que se produjo en 1013 cuando Roberto elevó al arzobispado de Bourges á un hijo natural de Hugo Capeto, Gauzlin, que ya anteriormente había sido impuesto como abad á los monjes de Saint-Benoit-sur-Loire. Hubo un arzobispo y un obispo que se prestaron á consagrar á este bastardo; pero los habitantes y el vizconde de Bourges lo rechazaron unánimemente, negándose á recibir en la ciudad «al hijo de una mujer de malas costumbres» é invocando la ley eclesiástica que excluye de las funciones religiosas á los hijos ilegítimos. El rey, deseoso de acallar aquella oposición, puso sitio á Bourges, pero no logró entrar en ella y fué preciso que su protegido fuera á Roma á implorar el auxilio del papa Benedicto VIII y á obtener de él una amenaza de excomunión contra el pueblo recalcitrante, no consiguiendo hasta el año 1017 sentarse en la sede que por su perseverancia tenía bien merecida. Estos hechos demuestran que Roberto dominó á su clero cuando quiso dominarlo y que en el gobierno interior de sus dominios no siempre se mostró falto de energía y de constancia.

En el exterior, la dificultad principal estribaba en impedir que la zona intermediaria entre Francia y Alemania, es decir, la Lorena y la Borgoña, cayese por entero en poder de los emperadores vecinos. Roberto hizo algunos esfuerzos para conservar en la frontera del Este la dominación directa del país que él representaba.

Su intervención en Flandes fué muy afortunada. El emperador Enrique II estaba en continua desavenencia con los flamencos y su conde Balduino IV, y Ro-

berto, que también tenía motivos de queja contra unos y otro, no dejó que el alemán se inmiscuyera solo y sin intervención alguna en los asuntos del condado y entabló negociaciones de inteligencia con el embajador imperial Notker, obispo de Lieja, enviado á París, y después con el mismo Enrique, con quien se avistó á orillas del Mosa. El resultado de aquellas negociaciones fué el acuerdo de realizar una expedición común, y franceses y alemanes pusieron sitio á Valenciennes, de la que no pudieron apoderarse (1006). Mas tarde, en 1019, volvieron á encontrarse unidos contra los flamencos, á quienes atacaron unos por Gante y otros por Saint-Omer. Pero habiendo cesado la inteligencia, Roberto juzgó más provechoso casar á su hija Adela con Balduino, quien, á partir de aquel momento, fué para Francia un aliado y un amigo. En el mismo instante reproducíase la rivalidad entre el reino y el imperio en Cambrai, en donde el obispo Gerardo I hallábase constantemente en lucha con el castellano Gautier: Roberto les hizo firmar una transacción que fué garantizada por los principales señores de su séquito, y merced á ello conservó el Cambresis bajo su dependencia.

En Borgoña, si bien se apoderó del ducado y de Dijón, no pudo evitar que el rey borgoñón Rodolfo III pusiera su Estado bajo la soberanía del Imperio mediante el convenio firmado en Estrasburgo, que fué el primer paso hacia la incorporación de Borgoña á Alemania. En 1027, el tratado de Basilea permitió á Conrado II completar la obra de su predecesor, y el rey de Francia, ocupado desde 1025 por las contiendas de familia, nada hizo por impedir que el rey de Borgoña transmitiera solemnemente su corona al jefe de la nación alemana, conservando tan sólo una realeza vitalicia de la que la muerte no había de tardar en despojarle.

Tampoco pudo Roberto contener la corriente que empujaba hacia Alemania á Italia, esa otra parte de la antigua «Lotharingia.» Sin embargo, en 1002 había negociado con los lombardos cuando éstos trataron de nombrar un rey nacional, el marqués de Yèvre, Arduino; y en 1024 recibió á sus enviados que fueron á Francia en busca de un sucesor para Arduino, de un competidor para el emperador Conrado II. Hubiera podido entonces hacerse nombrar rey de Italia; pero haciéndose perfectamente cargo de su impotencia, negóse á aceptar la corona para sí y para su primogénito Hugo; y no queriendo lanzarse á una aventura que necesariamente había de producirle disgustos, dejó que los señores lombardos ofrecieran su corona á uno de sus feudatarios, el duque de Aquitania. Activas negociaciones se entablaron entre este duque, el conde de Anjou, el conde de Blois, Fulberto de Chartres y el Capeto; hubiérase querido prestar á los italianos un concurso efectivo y defenderlos contra Alemania, pero todos aquellos personajes estaban separados por intereses demasiado divergentes. La renuncia de Guillermo V, la reanudación de las hostilidades entre los condes de Blois y de Anjou, la muerte del primogénito de Roberto y las discordias intestinas que á ella siguieron, paralizaron la acción del rey de Francia, y Conrado II, á quien se dejaba el campo libre, penetró sin dificultad alguna en Lombardía y se hizo coronar en Milán.

La hostilidad latente ó declarada de Roberto contra

Alemania no pareció desmentirse más que en una ocasión, en la entrevista de Ivois (1023), en donde se encontró con el emperador Enrique II; pero fué porque esperaba entonces realizar, con ayuda de su vecino, un proyecto desde hacía tiempo acariciado por su piedad ferviente: el restablecimiento de la paz en la Iglesia y la reforma del clero. Los dos soberanos, rodeados de una corte numerosa de señores y de obispos, diéronse el ósculo de paz, oyeron misa juntos y comieron en la misma mesa. Roberto había llevado, para regalárselos á Enrique, objetos artísticos de metal precioso, adornados con piedras finas, y cien caballos ricamente enjaezados; pero el emperador sólo aceptó un evangelario y una caja que contenía un diente de San Vicente. El rey de Francia, á su vez, negóse á admitir las cien libras de oro puro que el alemán le ofrecía, limitándose á tomar dos cajas de aquel metal. Este cambio de atenciones no dió, empero, por resultado ningún acuerdo duradero, como lo demuestra el hecho de que, apenas muerto Enrique II (1024), Roberto manifestó su intención de invadir la Lorena. Y algunos años después, el pueblo y el clero de Colonia escribían al emperador Conrado II, quejándose amargamente de que su ciudad fuera el blanco «de las numerosas y diversas maquinaciones de los reyes franceses.»

Sin embargo, los que así se lamentaban apenas tenían derecho á sentir miedo, puesto que Roberto no podía ir más allá de una simple amenaza; y aunque hubiese entrevisto la posibilidad de representar, fuera de su Estado, un papel mucho más importante de lo que deja suponer la biografía pueril de Helgaud, no era hombre para pasar de la veleidá á la ejecución. Faltábanle los medios de acción, pero le faltaban aún más el carácter y la voluntad de obrar: en estas pocas palabras está condensada toda la historia de su reinado.

III.—Enrique I (1)

Los dos hijos de Roberto *el Piadoso*, Enrique y Roberto, habíanse puesto de acuerdo el mismo año que precedió á la muerte de su padre, para rebelarse contra él y heredarle en vida; pero cuando aquél murió (20 de julio de 1031), la inteligencia entre ambos hermanos convirtiése en odio y el reinado de Enrique I se inauguró con una guerra civil. La crisis fué tanto más grave cuanto que en ella intervinieron los altos barones: el duque de Normandía, el conde de Anjou y el conde de Flandes apoyaban al heredero legítimo, al paso que el conde de Blois y el señor de Puset querían destruarle y ejercer á su guisa el derecho de elección. En el fondo de aquella lucha discutíase el carácter hereditario de la monarquía.

La reina Constanza había abrazado el partido de Roberto, su predilecto, y mientras ella se apoderaba de la

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Soehnée, *Henri I^{er}*, en las «Positions des thèses des élèves de l'Ecole des Chartes,» año 1891. De Caix de Saint-Aymour, *Anne de Russie, reine de France et comtesse de Valois au XI^e siècle*, segunda edición, 1896. Steindorff, *Jahrbücher des deutschen Reichs unter Heinrich III*, 1874-1881. Sudendorf, *Berengarius Turonensis*, 1852. Schwabe, *Studien zur Geschichte des zweiten Abendmahlstreites*, 1887. Broecking, *Die französische Politik Paps Leo's IX*, 1891. Auerbach, *Die französische Politik der päpstlichen Kurie vom Tode Leo's IX, bis zum Regierungsantritt Alexanders II*, 1893.

mayor parte de las poblaciones del patrimonio situadas en los alrededores de París, el conde de Blois tomaba Sens, y Enrique, casi completamente despojado, sólo encontraba refugio en Fecamp, al lado del normando Roberto *el Diablo*. Pasada la primera sorpresa, el joven

rey, que no carecía de resolución ni de valor, atacó á su vez á sus adversarios, y vencedor en todas partes, especialmente después de la muerte de Constanza (julio de 1034), no experimentó más descalabro que en una primera tentativa que hizo para recuperar la plaza de Sens. Terminó la lucha en favor suyo cuando recibió la sumisión de su hermano Roberto; pero, por desgracia, creyóse obligado, para asegurar la paz, á investirle con el ducado de Borgoña, error político cuyas consecuencias tocarán sus sucesores durante tres siglos.

En aquella ruda prueba, Enrique I había podido ver cuán temible era la hostilidad de la casa de Blois. Eudo II se negaba á someterse, y el rey de Francia no se limitaba á batirse contra él, sino que entablaba negociaciones con los innumerables enemigos de su vasallo y aun firmaba con el emperador Conrado II la alianza ofensiva de Deville-sur-Meuse (mayo de 1033). A esto contestó Eudo formando con ciertos señores de la Isla de Francia una nueva coalición, en la que entró el hermano segundo del rey, descontento porque no había recibido dotación alguna, comenzando entonces un segundo período de guerras (1034-1039), «causa de ruina y de desolación para todo el país francés,» según expresión de un cronista.

La muerte del conde Eudo no puso fin á la contienda, pues sus hijos Esteban y Teobaldo lucharon con el mismo encarnizamiento. Nuevamente amenazado con la pérdida de la corona, Enrique I reconquistó Sens, derrotó á su hermano Eudo y lo encarceló en Orleans, volviendo á caer bajo la dominación real las abadías de San Medardo de Soissons y de San Pedro de Chalóns, que los condes de Blois pretendían poner bajo su soberanía. Muerto el conde de Sens, Rainard, aliado fiel de Eudo II, el Senonais fué anexionado definitivamente al patrimonio capeto (1055). Más rudo golpe sufrió el eterno enemigo, el blesense, cuando Godofredo Martel y sus angevinos se hubieron apoderado de la Turena: Enrique I, que había contribuido á esta conquista, dióse la satisfacción de investir solemnemente al conde de Anjou con un señorío que la línea de los Eudo y de los Teobaldo no recobrará jamás.

Gracias á la desunión de las potencias feudales que la rodeaban, la realeza salía con vida de una doble tempestad, debiendo en parte su salvación al apoyo de los normandos, que no dejaron de cobrárselo. En efecto, Enrique cedió el Vexin francés al duque Roberto *el Diablo*, y cuando éste partió á Tierra Santa, suplicó al rey que reconociera á su bastardo Guillermo como heredero del ducado de Normandía y que defendiera á este niño contra las enemidades demasiado ciertas á que había de verse expuesto. Enrique cumplió su palabra y sirvió de tutor al joven duque, hostigado por las

rebeliones continuas de sus barones, ayudándole en 1047 á triunfar de una coalición formada. Sobre el campo de batalla de Val des Dunes, el rey de Francia, rodeado de todos los contingentes de su reino, portóse valientemente; á él sobre todo y á los franceses

atribuyen los mismos cronistas normandos esta victoria que fué de capital importancia en la vida del futuro conquistador de Inglaterra.

Parecía que la alianza tradicional de la dinastía real y del poderoso duque había de estrecharse más que nunca, y sin embargo, no habían transcurrido dos años cuando la unión estaba rota y los franceses andaban en lucha con el normando. Este cambio brusco tenía su explicación: la riqueza y la prosperidad de Normandía, su población densa y belicosa, habían excitado siempre el temor y la codicia de los reyes de París; aquel feudo, tan importante como un reino y más independiente que cualquiera otra región vasalla, quitaba á los Capetos la entrada del Sena y les encerraba dentro de provincias sin salida, aparte de que la ambición de Guillermo *el Bastardo* tenía alarmados á todos sus vecinos. Por todas estas causas las dos partes olvidaron los servicios que mutuamente se prestaran y á mediados del siglo XI estalló el inevitable conflicto.

Tuvo la guerra por principal teatro el valle del Avre, por donde pasaba el límite de ambos Estados desde que el condado de Dreux había sido definitivamente cedido á la corona. La toma ó el desmantelamiento, por lo menos, de la fortaleza de Tillières, llave de aquel valle, fué el objetivo á que tendieron en primer término los esfuerzos del rey de Francia; pero al mismo tiempo trató éste de sostener á todos los barones que abandonaban al duque de Normandía, y así ayudó á Thurstan Goz, enemigo de Guillermo, á apoderarse de Falaise y de acuerdo con el Anjou alentó, desde 1048 á 1053, otra rebelión, la de Guillermo de Busac. Cuando este vasallo, vencido por el duque, buscó un asilo en Francia Enrique le dió hospitalidad y le casó más adelante con la heredera del condado de Soissons. En 1053, el rey tomó una parte directa en la rebelión del conde de Arques, Guillermo; y si bien es verdad que no pudo hacer levantar el sitio de Arques y aun estuvo á punto de ser víctima de una emboscada preparada por los normandos en Saint-Aubin, en cambio tomó el desquite concertando contra el duque Guillermo una coalición general: la Francia propiamente dicha, el Anjou, la Borgoña, la Auvernia, la Champaña, la Aquitania (y hasta la Gascuña, si hemos de dar crédito al cronista Guillermo de Poitiers) reunieron sus fuerzas para humillar á una potencia de la cual empezaban á estar celosos todos los príncipes feudales.

Mientras Enrique I y Godofredo Martel asuelan la campiña de Evreux, Eudo, el hermano y antiguo rival del rey, saquea é incendia las mesetas que por el Norte dominan el bajo Sena, pero es derrotado en Mortemer (1054), causando este fracaso gran desaliento en el ánimo del rey de Francia. La paz que éste se vió obligado á firmar con Guillermo (1055) le condenaba no sólo á renunciar á sus proyectos, sino además á aprobar de antemano las conquistas que el duque se proponía realizar en el territorio de Anjou. Tales concesiones no podían ser sinceras, y en efecto, el acuerdo entre el monarca y su vasallo fué de corta duración: tres años después, Enrique, aliado siempre con Godofredo Martel, invadía el territorio normando, hostilizaba á Bayeux y amenazaba á Caén; pero en el paso del Dive, en Varaville, sufrió una derrota (1058) cuya consecuencia fué un tratado en el que se estipulaba la resti-

tución del castillo de Tillières a Normandía. Enrique I estaba vencido, pero había luchado con una perseverancia que servirá de ejemplo a sus sucesores.

El feudalismo triunfaba en Normandía y terminaba en todas partes su evolución; la independencia absoluta de los grandes señores adquiría carácter general. La escasez de documentos impide medir con exactitud la extensión del poder que el nieto de Hugo Capeto había conservado a título de soberano en los países alejados del Sena y del Loira; pero parece fuera de duda que nunca había estado tan reducida la autoridad general del rey de Francia. Los últimos lazos que subsistían entre la monarquía y las provincias desaparecían rotos uno a uno. En la misma Borgoña, el propio hermano del rey, Roberto, ejerce la plena soberanía, y desde la siguiente generación la separación será completa. Enrique I ya no mantiene relaciones con el Sudeste del reino y a lo sumo se ha reservado el derecho de intervenir en la elección del obispo del Pui. Sólo sabemos de una ocasión en que actuara de rey en la diócesis de Clermont. Los duques de Aquitania no aparecen a su lado sino en casos excepcionales, con motivo de grandes expediciones militares ó de solemnes ceremonias religiosas a las que ningún príncipe cristiano puede dejar de asistir. En cuanto a los condes de Bretaña y de Tolosa, tan extraños para el Capeto como si habitaran fuera de Francia, no existen ya para ellos los deberes feudales.

En sus relaciones con las potencias vecinas, Enrique I parece haberse inspirado en las mismas ideas que habían guiado a Roberto y sobre todo a Hugo Capeto.

Enfrente del Papado, trató de mantener la independencia del clero nacional y los derechos del poder civil. El ex obispo de Toul, León IX, procuraba por todos los medios fundar en Francia la dominación de la Santa Sede y hacer de esa nación el punto de apoyo de los que querían reformar la Iglesia. Más adelante nos ocuparemos especialmente de esta grave cuestión de la reforma, que tanto apasionaba ya a los contemporáneos de Enrique I y que afectaba de cerca a la misma realeza, y únicamente haremos observar ahora la actitud del rey de Francia cuando León IX convocó en 1049 y presidió personalmente un concilio en Reims. La fe de la Edad media y el carácter semirreligioso de la monarquía no permitían a Enrique prohibir al papa la entrada en el territorio francés ni oponerse directamente a la celebración del concilio; pero se esforzó por estorbar los proyectos de la corte de Roma y pretextó la urgencia de una expedición militar para evitar que los obispos de sus dominios acudieran a Reims, pudiendo apenas el abad de Saint-Remi de Reims obtener de él autorización para regresar al lado del papa.

La conducta de Enrique no se explica solamente por la influencia que pudieran haber adquirido sobre él los obispos simoníacos y los barones incestuosos, amenazados de la reprobación del concilio; si desaprobó el paso del papa y prohibió a su clero que se asociara a él, fué porque veía en aquello un ataque al poder real y una disminución de libertad para el episcopado francés. Más difícil de definir es el papel que representó Enrique con ocasión de las ardientes discusiones que en Francia y en Roma provocó la herejía del canónigo de Tours, Berenguer. Se ha dicho, aunque sin probarlo, que era fa-

vorable a las doctrinas de éste y que lo mandó encarcelar para substraerlo a las consecuencias de una condena inevitable; pero en realidad Berenguer fué encerrado en la cárcel por un vasallo del rey, y él mismo escribió que Enrique había querido aprovecharse de ello para exigirle un rescate. Mas sea de esto lo que fuere, lo cierto es que las relaciones entre el Capeto y el papa, casi siempre tirantes hasta 1053, no fueron nunca muy cordiales.

Enrique fué acusado de que practicaba la simonía, y el partido reformista no le escaseó las censuras; pero la verdadera razón de su desconfianza y de sus frialdades fué que los papas de su tiempo, de origen alemán casi todos, eran instrumentos dóciles en manos de los emperadores Conrado II y Enrique III. El poder de los soberanos de allende el Mosa crecía de un modo alarmante. Mientras la dinastía francesa veíase envuelta en una guerra civil, Conrado habíase hecho definitivamente dueño del reino de Borgoña (1031-1039) y había transmitido anticipadamente esta nueva corona a su hijo. Perdida toda esperanza por este lado, Enrique I trató por lo menos de conservar sobre el arzobispado de Lyon un poder nominal y se puso de acuerdo con los monjes de Cluni para hacer elegir en 1046 arzobispo al abad de San Benigno, Halinard; compensación pequeña, pero éxito de utilidad para el porvenir. Cuando el sucesor de Conrado, Enrique III, se casó con Inés, princesa de la antigua casa de Borgoña, emparentada con los soberanos de Aquitania y de Anjou, el rey de Francia tuvo en Ivois (1043) una primera entrevista con su temible vecino. Aquel matrimonio, que consolidaba la situación del emperador en el valle del Ródano, no era muy a propósito para tranquilizar al Capeto, y hubo un momento en que pudo creerse que iba a estallar una lucha abierta entre ambos Enriques.

La Lorena era el punto débil del Imperio y a ella se dirigieron los esfuerzos del francés, a quien le bastaba, para arrogarse la alta soberanía de aquel país, favorecer en él las rebeliones de los vasallos. Ya en 1044 el duque Godofredo, enemigo de Enrique III, se había inclinado al rey de Francia, y sin duda de acuerdo con éste había arrastrado consigo a una parte de los descontentos del Franco Condado y de la Borgoña; pero la energía con que Enrique III persiguió al duque rebelde hasta lograr que fuera depuesto, descartó los peligros que aquella coalición hubiera podido atraer sobre Alemania. Cuando en 1046 el emperador se trasladó a Italia para hacerse coronar en Milán, el rey de Francia quiso, al parecer, abordar resueltamente la empresa acariciada por Roberto el Piadoso.

Según testimonio de un cronista de Lieja, hicieron entonces en toda Francia grandes preparativos militares: un edicto real ordenó la leva general de los vasallos y hasta comenzó a reunirse el ejército. Enrique I declaró públicamente que reclamaba, «en virtud de su derecho hereditario, el palacio de Aquisgrán, posesión de sus antepasados,» y todo el reino de Lorena, «detentado por la perfidia del emperador.» Ante las reiteradas amonestaciones del obispo de Lieja, Wazón, ó lo que es más probable, en vista de las dificultades que en aquella sazón le suscitaban los barones de Francia, renunció a sus propósitos, aunque sin desistir de aquello que consideraba como derecho imprescriptible de su corona. Cuan-

do volvió a encontrarse con el emperador en Ivois, échóle en cara, según se dice, sus falaces promesas y la obstinación con que retenía en su poder aquella porción del territorio francés injustamente adquirida por los reyes de Germania sus predecesores; y la discusión agrióse muy pronto hasta el punto de que Enrique III desafió al rey de Francia a singular combate, a lo cual se negó Enrique I, rompiendo las negociaciones y, si hemos de dar crédito a la crónica alemana, huyendo durante la noche con su gente.

Aquel rey de París y de Orleans, que desde el fondo de su minúsculo dominio osaba reivindicar un territorio de imperio, significaba algo a los ojos del extranjero: representaba todo un pasado de grandeza y de poderío y seguía produciendo cierta ilusión desde lejos. El ejemplo más antiguo de una alianza franco-rusa data de Enrique I y de su matrimonio con Ana, hija del gran duque de Kief, Yaroslaf. La Rusia del siglo XI estaba en relaciones, si no regulares, por lo menos frecuentes con los países occidentales. Roger II, obispo de Chalóns, encargado en 1048 de una primera embajada en tierra eslava, trajo tres años después a la princesa rusa que se casó y fué consagrada en Reims; y el nacimiento del que más tarde había de ser Felipe I, el rey de nombre bizantino, garantizó al fin a los franceses y a su jefe la perpetuidad de la dinastía (1052).

Enrique I, fiel a la tradición, hizo coronar a su hijo, cuando apenas contaba siete años, por el arzobispo de Reims, Gervasio de Chateau-du-Loir, siendo aquella la primera consagración de un rey de Francia acerca de la cual ha dado la historia algunos detalles (23 de mayo de 1059).

«Al principio de la misa, antes de la lectura de la epístola, el arzobispo, volviéndose hacia el real infante, expúsole la fe católica y le preguntó si creía y si quería ser el defensor de la Iglesia, y habiendo contestado Felipe afirmativamente, presentáronle su declaración, que cogió, leyó y firmó, hecho lo cual entregó esa profesión de fe al arzobispo. Estaban presentes: Hugo de Besanzón, legado del papa; Hermanfroi, obispo de Sión; Mainard, arzobispo de Sens; Bartolomé, arzobispo de Tours, etc. El arzobispo de Reims, empuñando el báculo de San Remigio, explicó con dulzura y mansedumbre cómo tenía él, por encima de todos los obispos, el derecho de elegir y consagrar al rey desde que San Remigio había bautizado y consagrado a Clodoveo, é hizo saber a los asistentes al acto que el papa Hormisdas había dado a San Remigio, y el papa Víctor le había conferido a él, Gervasio, y a su iglesia el derecho de consagrar por el cetro y la primacía de toda la Galia, en virtud de lo cual, y mediante el consentimiento de Enrique, eligió rey a Felipe. Habíase convenido en que así podía hacerse sin necesidad del asentimiento del papa, a pesar de lo cual los legados pontificios tomaron parte en la ceremonia para honrar a Felipe y darle una prueba de su amistad. Después de ellos, el rey fué elegido por los arzobispos, obispos, abades y clérigos, y en seguida por Gui, duque de Aquitania; Hugo, hijo y representante del duque de Borgoña; por los enviados del marqués Balduino (conde de Flandes), y por los de Geoffroi, conde de Anjou; por Raúl, conde de Valois; Herberto, conde de Vermandois; Gui, conde de Pontieu; Guillermo, conde de Soissons; por los condes

Renaut, Roger, Manassés, Hilduin; Guillermo, conde de Auvernia; Aldeberto, conde de la Marca; Folco, conde de Angulema, y por el vizconde de Limoges. Siguiéron luego los caballeros y todas las clases del pueblo, quienes dieron unánimemente su consentimiento y gritaron tres veces: «¡Aprobamos, queremos, que así sea! (1)»

Enrique I apenas sobrevivió un año a esa solemnidad que consagraba en el fondo el derecho hereditario de los Capetos y en la forma el derecho electivo de los obispos y de los barones ilustres del reino. Murió en Vitri-aux-Loges, cerca de Orleans, dejando la tutela del joven rey a su madre Ana y a su tío, el conde de Flandes, Balduino V (4 de agosto de 1060). El soberano que desaparecía había sido «un soldado activo y valiente,» frase típica reproducida por todas las crónicas de la época; y en verdad que la vida de Enrique I, serie no interrumpida de expediciones, de sitios y de combates, primer bosquejo del reinado de Luis el Grande, no fué la vida de un impotente. Aquel rey hubo de sufrir, empero, las consecuencias del debilitamiento profundo en que había caído la monarquía; por esto es más de sentir que su personalidad se nos presente tan vaga, ya que nada nos han dicho los contemporáneos acerca de su modo de ser físico y moral.

IV.—Felipe I (2).

El cuarto Capeto, Felipe I, reinó por espacio de cuarenta y ocho años (1060-1108). Su reinado fué uno de los más largos de la historia de Francia, pero también uno de los más vacíos y de los que menos honor han hecho a la dinastía. Jamás ha sido más limitada la acción personal del soberano sobre los acontecimientos y sobre los hombres: en una época en que la afición a la guerra y el fervor religioso arrastraban a los barones y obispos a tan grandes empresas, Felipe, insensible a los entusiasmos que por doquiera a su alrededor estallaban, sólo se apasionaba por sus intereses y por sus placeres. Aquel hombre corpulento, sensual y avaro, no se contentaba con vender sus obispados (ya hemos visto con qué cinismo), sino que fué el primer mercenario de su reino, llegando hasta alquilar sus servicios por 700 libras a un pequeño señor de Normandía. De *condottiere* a bandido la distancia es corta; una carta de Gregorio VII le acusa de haber saqueado a unos mercaderes italianos que se dirigían a una feria y de no haber querido indemnizarles.

Los hechos por sí solos acusan a ese triste soberano; pero los cronistas de su tiempo lo han maltratado quizá más aún de lo que merecía, lo cual se debe a que tuvo la desgracia de estar casi siempre en conflicto con la Iglesia, y los clérigos eran los únicos que escribían la historia. Se opuso a la introducción en su Estado de la reforma gregoriana y no hizo caso alguno de los ana-

(1) *Historiens de France*, tomo XI, páginas 32-33 (acta de consagración redactada probablemente por el arzobispo de Reims, Gervasio de Chateau-du-Loir).

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Brial, *Examen critique des historiens qui ont parlé du divorce de Philippe I avec la reine Berte et de son mariage avec Bertrade de Montfort*, en el «Recueil des Historiens de France,» tomo XVI, 1814. Prou, *Les diplomes de Philippe I pour l'abbaye de Saint-Benoit-sur-Loire*, 1895. Freeman, *The history of the norman conquest, 1067-1079*. Kate Norgate, *England under the angevin Kings*, tomo I, 1887.